



(DESDE SU ALTA CIMA, NUESTRO PREMIO NOBEL OPINA SOBRE JUAN ALCAIDE EN LA SIGUIENTE CUARTILLA EXPRESAMENTE ESCRITA PARA CLAVILEÑO:)

PEGASO y Clavileño son dos corceles en que poetas y soñadores cabalgan. De los dos es digno jinete otro gran manchego, el poeta Juan Alcaide Sánchez, glorioso explorador de sueños al cabalgar entre tierra y cielo.

JACINTO BENAVENTE

SEA este número la aportación de homenaje que CLAVILEÑO tributa a Juan Alcaide Sánchez, en este año en que el poeta celebra las bodas de plata con su obra.

REITEREMOS esta conocidísima afirmación de la hora literaria actual: Juan Alcaide Sánchez, el Poeta de la Mancha. No uno: ni el primero ni el último: sino el Poeta de nuestra arisca, entrañable tierra. Por él las más escondidas calidades manchegas—la vena más honda que sólo por el pasmo de la poesía se descubre—cobran un rango universal. Nada de lo que es y será consustancial con este ser manchego ha escapado a su verso de sílex, a su inimaginable intuición. Y, del brozo de la admiración de don Jacinto, de Pemán, de Rodríguez Marín... y tantos ingenios, Alcaide escribe a fuego—a sangre y fuego—su nombre en los primeros puestos de la actual literatura española.

No será de extrañar, pues, que CLAVILEÑO, nacido para llevar en su grupa de palo el bagaje de poesía, de agonía y de sueño de la tierra que lo parió, vuele hoy el nombre de Alcaide Sánchez para que todos los aires lo dispersen.

Y ante nosotros, como una generosa llama de amistad, el buen poeta y el poeta bueno—como a don Antonio se le llamó—que un día hizo exclamar a don José María Pemán:

...para el poeta me tornara rosa
y para el hombre, si pudiera, fuente.

* *

Está naciendo abril y un bien venido sol entibia el despacho de Juan. Libros y papeles danzan un inquieto caos en la mesa, por las sillas. En las paredes, lienzos y tablas de amigos. Fotografías: una, presidiendo el hacer del escritor, de Juan «Quirós», su padre, muerto, que lanza la mirada lejana porque parece escuchar la palabra del hijo; otra—ojos de perezoso azul mediterráneo—de Gabriel Miró, que le

JUAN NOS DICE...

(ENTREVISTA)

Por Enrique SORIANO

llegara desde Levante de las manos amigas de Clemencia. Blanquísima de amorosos almidones, refulgente de cristales, la inevitable camilla: en su centro—como en el verso de «En Flandes...»—ríe el sol su topacio más limpio. Y la risa de esta sangre valdepeñero de que otras veces hablé, nos brinca dentro con el entusiasmo de un poema siempre inédito...

Hablamos largamente. Podría-

mos hacer esta entrevista recordando pausados paseos en atardeceres aromados de vendimia, o las inagotables conversaciones del cercao:—atentos y fieles los ojos de Afrodiseo, de Manolo, de Paco, de Vicente, de Jeromo el cantor. Preferimos concretarlas y allá van:

—¿?

—He hablado siempre de un misticismo poético. No en sí, en su fondo;

EL POETA, AUSENTE

Por José M.^a MARTINEZ VAL

LAS bardas de este gran corralón manchego deben ser muy altas. Muy altas y cerradas. Su lindé es impalpable, pero real. Nadie sabe dónde están, pero se siente su existencia. Cuando entramos aquí, en esta Mancha de vino y de cardenchas, con reliquia olvidada de ampulosos gestos de molinos y presencia (¡sólo en los labios!), de quiotismo, la verdad es que caemos en un cercao. Entiéndase bien. No en un cercao valdepeñero, con paisaje de panzudas tinajas y muros de cal blanca. Decimos en un cercao de olvido, de distancia e incompreensión. Tiene esto, sin duda, una ventaja. O muchas ventajas. Juan Alcaide, al que va dedicada con calor cordial esta glosa, es un fuerte y claro paradigma. En su Valdepeñas,

que quintaesencia el mancheguismo en amores violentos, en quifiones de vid y en bodegas que son catacumbas en potencia de sueños y locuras, Juan Alcaide se encuentra, sólo y rudamente sincero, con el alma de las cosas y las cosas difíciles de la palabra. Solo, con su pasión de sentir, comprender y revelar. Que eso es la poesía. Y esto (¡no lo dudeis, hombres débiles que temeis a la soledad!), es una ventaja humana y poética, sin posible rival.

Encontrarse con la cardencha y poder también decir, fuerte y sincero: «No la toques ya más. Es la cardencha». Y que la expresión tenga tanto valor como la dedicada a la rosa por Juan Ramón.

Con la soledad, su amiga inseparable: la distancia. Para llegar (Continúa en la pág. 3.^ª)

Clavileño

REVISTA DE EXALTACION DE LA MANCHA

Se edita en la Villa de Campo de Criptana - Sale a luz su número 5 el día 31 de Julio de 1950 - Director: JOSE GONZALEZ LARA

sino en el amor hacia la palabra que constituya su vasija. Yo he querido acercarme a las palabras feas, vulgares y besarlas en la nuca de su raíz para electrizarlas y poetizarlas. Esto puede partir, aunque estuviese ya larvado en mis dos libros anteriores, de «La noria del agua muerta»: allí se emplean, entre otras, regüeldo y tras-cacho.

—¿...?

—No sé si me comprenderán—y mucho menos si me agradecerán—el haber dado tono lírico (un lirismo sui géneris, se entiende), a nuestro paisaje. Lo que sí sé es que alguien temió por mí cuando estuve tres años en Galicia. Aquélla, verde y triste, melancólica y dulce como un adiós, que nos dijo Angel Lázara, se mete en el alma y nos unta los huesos con su embriagadora saudade. Por otra parte, mi madre es de Sevilla, y toda la fina Andalucía de José María Izquierdo estaba en asedio al filo de mis ojos. He preferido el Jabalón al Miño y al Guadalquivir. Cierta que el Jabalón se seca en sus estiajes y el Guadiana se oculta en su constancia.

—¿...?

—Lo regional es lo más distante de mi tiro poético. Al poeta Villalón le horrorizaba que le considerasen como un Gabriel y Galán de Andalucía. Y, sin embargo, él no podía ser más andaluz de lo que era. Pero andaluz universal. Mogueer, gracias a Juan Ramón, proyecta su nombre en la geografía lírica del mundo. Sin Andalucía no hay Falla, ni Granados, ni Albéniz; no obstante, ninguno de ellos son regionalistas. Don Antonio Machado llena a Soria de eternidad... Yo he querido—quiero—que el cercao tenga categoría de símbolo; pero un símbolo con toda la ambición que puedan tener la Giralda, la Catedral de León o el Acueducto de Segovia...

—¿...?

—Benavente (y perdón por recordar halagos que, si bien pueden envanecerme, no es menos cierto que me hacen olvidar desvíos que entristecen), decía que yo tengo el arte de sugerir. Así, toda mi obra podría resultar esto: un intento de sugerencias. Por eso he aspirado a que mi hacer sea como la primera piedra de un mu- (Continúa en la pág. 3.^ª)